

El Madrid liberal

JOSE ESTEBAN

El día cuatro de marzo de 1820, los madrileños amanecieron sorprendidos por un real decreto que, precedido como era costumbre por un pedantesco preámbulo, comenzaba diciendo que el rey había pensado "ordenar una nueva organización del Consejo de Estado".

Tan tímida observación no pasó desapercibida al avispado pueblo de Madrid que, de manera desordenada, estaba al tanto de ciertas insurrecciones en los reinos de Galicia, Asturias, Aragón y Cataluña y que había oído rumores de que el mismísimo conde de la Bisbal se había pronunciado por la constitución en la ciudad de Ocaña.

Pero fue sin embargo el día siete cuando la propia "Gaceta" amaneció liberal: "... y siendo la voluntad general del pueblo me he decidido a jurar la constitución promulgada por las Cortes Generales y extraordinarias en marzo de 1812".

Y ya, desde aquella mañana, lo que habría de ser y constituir el Madrid liberal se echó a la calle. Porque el Madrid del trienio se vivió en calles y plazas, en cafés y teatros, en las cortes y frente a Palacio. Porque el Madrid liberal, de tan corta historia, fue callejero y ruidoso, fue castizo y ajo, fue chulapón y justiciero y fue, sobre todo, respetuoso y liberal. Liberal en actos y en sucesos y en su lucha por seguir siendo zumbón, patriótico y ruidoso y entonador de himnos de todo tipo, frente a un monarca que lo odiaba y frente a tantos factores externos que se coadyuvaron para que dejara muy pronto de serlo,

dando paso a un Madrid más triste, más juicioso si se quiere, pero menos atractivo, menos bullanguero, menos parecido al actual.

Y así, como decíamos, lo que ha venido llamándose el "todo Madrid", en este caso liberal, se echó el día siete por primera vez a la calle. No en plan de asonada, como en marzo de 1808; no en plan de motín, sino más bien para expresar su satisfacción, su felicidad, tal y como pueden hacerlo los colegiales en un día de asueto.

Y lanzáronse en tromba hacia las explanadas del Palacio Real. Para expresar, en primer término, su agradecimiento al rey, a quien aclamaron con efusión por la vuelta al régimen constitucional y atronando las calles con vivas a la Constitución.

Otro grupo se dirigió hacia la plaza de la Villa, entendiendo democráticamente que lo primero que debería tener un Madrid liberal era un ayuntamiento del mismo signo, decidiendo reponer al sustituido el año 14. Se produjo así un espectáculo popular de primera mano, tal y como nos lo ha contado Mesonero Romanos. El poeta mexicano Gorostiza, armado de un simple papel, apareció en el balcón municipal y reclamando silencio dijo: "Ciudadanos, ¿quieren ustedes para alcalde primero constitucional al señor Sáinz de Baranda?" "¡Bravo!", "¡Viva el alcalde de 1808!", contestaban los madrileños arracimados ante la casa consistorial. Y así se eligió y se improvisó todo un ayuntamiento que, por cierto, según nos dicen dignos historiadores de la villa y corte, ha sido



La buevera.



El barquillero.

Tipos de vendedores en el Madrid liberal.



El escarolero.



El ruedero.

uno de los mejores que tuvo Madrid.

Otros madrileños se encaminaron a la casa de la Inquisición, situada en la calle de Isabel la Católica (aún del mismo nombre), con el saludable propósito de dar libertad a los encerrados. Pero si hemos de creer al citado Mesonero Romanos, nada ni nadie encontraron que justificara la fama de tan horroroso caserón, acrecentada por la imaginación, siempre ágil, del pueblo de Madrid.

Al día siguiente, el señalado en el calendario como ocho de marzo, el pueblo andaba inquieto esperando los más mínimos detalles que le aclararan cuando iba a jurar el monarca la tan amada Constitución. Y aún se vivieron importantes emociones ciudadanas como el nombramiento de una nueva junta provisional consultiva, así como los ascensos a jefe político de

Madrid, que recayó en el señor de Rubianes, grande de España, y a capitán general de Castilla-La Nueva en dos Gaspar Vigodet.

Señalóse por fin el día nueve para el acto solemne del juramento, que fue a las seis de la tarde y en el salón de Embajadores del real Palacio. El rey se comprometió ante la historia a guardar y hacer guardar el texto constitucional, ante la presencia de autoridades y el ayuntamiento, tan recién y democráticamente nombrado.

Durante la tan esperada ceremonia, una inmensa concurrencia llenaba materialmente la plaza del Reloj, aclamando con entusiasmo al monarca. Se iniciaba así una especie de luna de miel entre el Madrid liberal, que podía al fin manifestarse libremente, y el conocido como rey felón, a quien adoraron los madrileños desde los años de su añorado regreso. Músicas milita-

res amenizaban el espectáculo y el propio rey y su no menos real familia saludaron desde el balcón. Sonriendo a los madrileños; acabo de jurar la Constitución y sabré cumplirla". "¡Que se ponga en libertad a los presos políticos!". "¡Que se publique la Constitución!". "¡Que se rece un Tedeum!". "¡Que se suprima la Inquisición!". Estos fueron los gritos más coreados. Y el monarca, sonriente y satisfecho: "Bien, bien está; todo eso se hará inmediatamente. Ahora retiraros a vuestras casas y procurar conservar el orden".

Nada empañaba ni empañó este nuevo maridaje del rey y el pueblo de Madrid, si no fue el paseo que, de brazo en brazo, llevó y elevó al hijo del general Lacy, víctima del despotismo, hasta cerca del balcón real. Y todo el cortejo acompañó hasta su casa —que era precisamente la de las Siete Chimeneas— al inocente huérfano, delante de cuyos balcones se entonó una improvisada serenata.

El día diez —¡Qué tres primeros y locos días los del Madrid liberal! — la "Gaceta" publicaba el hoy, y ya entonces, célebre manifiesto de Fernando VII: "He jurado esa constitución por la cual suspirábais y seré siempre su más firme apoyo... Marchemos francamente; y yo el primero, por la senda constitucional!".

Y con esta declaración, modelo de falsedad y doblez, pero que por entonces nadie hubiera osado poner en duda, el entusiasmo liberal del pueblo más liberal de España, llegó a su más alto frenesí, con la expansión propia de un pueblo nuevo en los azares participativos de la política, y sobre todo por los impulsos generosos del corazón del todo Madrid. Y era que entonces, nos recuerda Mesonero Romanos, se sabía mucho menos, pero se sentía mucho más.

NOTA.— Este texto es la introducción del libro del mismo título y autor (Editorial El Avapiés, Madrid, 1984).

COLECCION HISTORIA Y LITERATURA TOLEDANAS

- | | |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| 1. GUIA DE TOLEDO. VII CENTENARIO CATEDRAL, Polo Benito. 198 ilustraciones. 302 páginas (1927) ... | 2.500 |
| 2.3. HISTORIA DE TOLEDO, Tomos I, II, A. Martín Gamero. 6 reproducciones. 1.124 páginas (1879) ... | 6.000 |
| 4. LA IGLESIA Y LA CASA EN TOLEDO, Guillermo Tellez. 48 grabados. 174 páginas (1972) ... | 2.000 |
| 5. COMPENDIO DEL TOLEDO EN LA MANO, Sixto Ramon Parro. 12 ilustraciones. 214 páginas (1867) ... | 2.500 |
| 6. TRADICIONES DE TOLEDO, J. Olavarr.a. 12 ilustraciones, 308 páginas (1880) ... | 2.500 |
| 7. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo I, Julio Porres. 203 grabados. 554 páginas ... | 3.500 |
| 8. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo II, Julio Porres. 135 grabados. 487 páginas ... | 3.500 |
| 9. HISTORIA DE LAS CALLES DE TOLEDO. Tomo III, Julio Porres. 221 grabados y plano. 734 páginas ... | 4.000 |
| 10. CRISTIANOS NUEVOS Y MERCADERES DE TOLEDO, José Gómez-Menor Fuentes. 6 fotografías. 328 páginas (1970) ... | 2.000 |
| 11. EL III CONCILIO DE TOLEDO, edición en latin, vascuence, árabe, castellano, catalán y gallego ... | 2.000 |
| 12. EL GRECO EN TOLEDO, Francisco de Borja de San Román. 430 páginas (1910-1941) ... | 2.500 |
| 13. OBRAS POETICAS, Gerardo Lobo (1724) ... | 2.000 |
| 14. HISTORIA Y EVOLUCION DE LA PRENSA TOLEDANA, Isidro Sánchez Sánchez (1833-1939) ... | 2.500 |
| 15. LA DIOCESIS DE TOLEDO DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, Leandro Higuera ... | 2.000 |
| 16 y 17. GUIA ARTISTICA DEL VIZCONDE DE PALAZUELOS ... | 8.500 |

LIBRERÍA

Gómez-Meñor

EDITORIAL Zocodover TOLEDO

Calle Comercio, 43
Teléfonos 22 13 69 y 22 91 62
TOLEDO

Extraña coincidencia

AMADOR PALACIOS

Por la avenida voy y me encuentro al pie de un semáforo en ámbar. El redor es un árbol escuálido y un buzón de correos. Me dispongo a cruzar la calzada y, extrañamente —nunca me ocurre—, fijo mi vista en el automóvil detenido al pie del semáforo, ya en rojo. Tras el volante acierto a ver, a pesar del reflejo, a Gutiérrez Arévalo, antiguo compañero de clase, fallecido hace ya seis años. Abre la portezuela y se dirige a mí portando un pequeño mazo de cartas, muy deslucido en su traje gris, que le queda bastante ancho. Me saluda por mi apellido —costumbre de colegio—: ¡Hola Palacios!, sin alegría (la verdad, nunca intimamos), sin la tristeza "líquida" que yo esperaba, debido a su condición, sin euforia, sin extrañezas, sin mover un músculo, como corresponde —digo yo ahora— a su papel de muerto consolidado. Yo me atrevo a rozarle tímidamente en la fruncida hombrera de su traje,



Dibujo de Paco Leal

ciertamente reconfortado al comprobar que hay algo sólido donde yo creía nada más que alevé fruto de una delectación alucinatoria. No tengo más remedio que inquirir: —Oye, Gutiérrez, ¿tú no estabas muerto?, ¿cómo es que estás vivo?— (Sospecho que en este instante trabajó al cien por ciento la

suprema neurona que manda en mi idotez). —No, no estoy vivo, Palacios; sólo me limito a seguir conduciendo el automóvil que me sobrevivió, con él ayudarme a concluir las gestiones rutinarias de cada día, y al final, compartir una papilla y una naranjada con mi mamá, quien ¿sabes?, está ya muy mayor y algo trastornada. ¡Ah!, ¿quieres echarme estas cartas en aquel buzón? Bueno, me voy, Palacios, que se va a abrir el semáforo.

No respondí, sólo tomé el mazo de cartas que me extendió Gutiérrez Arévalo (con quién podría cartearse un muerto), y movido por un resorte (o una lista neurona), me di la vuelta y tiré las cartas por la ranura del buzón; sentí uno, dos, tres, cuatro apretones de acelerador detrás de mí, me rasqué la cabeza y me encaminé al árbol escuálido, y, en su delgado tronco recostado, prendí, con mucha parsimonia, un cigarrillo.